

## TIPS

### Lavarse las manos

En nuestra cultura desde Poncio Pilatos, antes, tal vez desde siempre, para la humanidad el gesto de lavarse las manos, significó quedarse al lado, no comprometerse en una decisión, o no tomar postura en un juicio.

Los cirujanos nos lavamos las manos, pero en el sentido más opuesto a la convención precedente. Lo hacemos justamente antes de tomar la decisión y acción en algo definitivo y serio: el bienestar o la vida de un ser humano con nuestras manos.

Cuando actuamos, no nos lavamos las manos como todos los mortales. Estamos en el umbral de un quehacer lleno de rituales y con algunas supersticiones. Es el primero de aquellos, con tiempos, geometrías y movimientos propios.

Las uñas deben estar muy limpias y cortas.

Los dedos, las muñecas y los dos tercios distales de los antebrazos se comparan con un cuerpo geométrico de cuatro caras y dos extremos. Cada uno de esos segmentos debe lavarse con escobilla y jabón por sus cuatro caras, en especial atención al extremo libre de cada dedo. Dorsal, ventral y laterales: cada dedo, muñecas y antebrazos. Con vigor y acompasado ritmo.

Cada segmento de ambas extremidades consume aproximadamente tres minutos. Después de cada repaso completo, debe retirarse el agua jabonosa bajo el chorro limpio, con las manos más altas que los codos. Se repite toda la maniobra por tres veces, lo que significa un tiempo total de nueve a diez minutos. Al término, el sacudido de manos y antebrazos, no es el de las lavanderas que estilan hacia los dedos. Nosotros sacudimos hacia los codos, el agua potencialmente sucia debe escurrir por allí.

Recordamos casos de urgencia extrema, en el box de un servicio de emergencia, un paro cardíaco, una asfixia aguda o una arteria sangrando a "chorro parado" en que un cirujano, sólo alcanza a arremangarse la manga del delantal blanco para tratar de salvar una vida que se escapa en segundos. Todo lo descrito anteriormente se excusa con ese objetivo precioso.

Volvamos al pabellón donde entramos abriendo puertas con el pie y los brazos en alto. De esta

postura siempre he pensado que tiene algo de invocación íntima, de profunda religiosidad, como los sacerdotes paganos de ceremoniales lejanos, hacia un ser superior que nos dirige.

La arsenalera nos proporciona una compresa estéril empapada en alcohol para completar el último aseo de dedo por dedo.

El progreso o el negocio ha traído esponjas y escobillas de cerdas más complacientes, junto con líquidos coloreados o iridiscentes de acción esterilizante inmediata, sumergen sus manos desnudas durante un par de minutos en el lavatorio con yodo líquido.

Recordamos la cirugía cardíaca cerrada que en sus primeros tiempos, antes de los cuchillos y guillotinas, obligaba al cirujano a introducir su índice derecho desnudo en una aurícula izquierda para forzar la apertura de una estenosis mitral.

Es una de las sensaciones más intensas que percibí como cirujano, la sangre ardiente, la vida lamiéndote tu dedo en su entorno.

El índice derecho de esos especialistas tenía una uña más larga con forma de afilada hoz, para tratar de cumplir mejor la tarea que se le exigía. Esa mano se sumergía un momento en un lavatorio con solución salina y antibióticos. Tal vez más superstición que rigor científico.

Al final de ese día de trabajo, ya lejos del pabellón, cuando frota sus manos, además de un suave dolor artro-muscular, que le resulta conocido y grato, el cirujano, toca el pulpejo de los demás dedos con el pulgar, siente una suavidad delicada, "como seda", que le recuerda que sus manos son sus armas de trabajo y que están listas y ágiles para el próximo desafío.

Tal vez las lavanderas tradicionales, al fin del día con sus pulpejos arrugados, tienen una sensación semejante. Pero a ellas, no a todas, también les llegó la máquina.